

Enrique Malatesta

---

# IDEARIO

Selección y traducción de  
Domingo P. Ibáñez

Dirigente de la I Internacional en Italia, **Errico Malatesta** nace en Caserta en 1853 y muere en Roma en 1932. Conocido de Fanelli y Bakunin, son éstos quienes le inducen a unirse a la insurrección anarquista. Participa en el alzamiento de Benevento en 1877 y es encarcelado.

Abandona luego Italia y reside en Argentina durante cuatro años, pasando después a Francia e Inglaterra. Llega a España a fines de 1891. En este país colabora, en Barcelona, en el periódico *El Productor*; se desplaza a Madrid y finalmente efectúa una gira de agitación por Andalucía en compañía de Pedro Esteve. Por entonces, (1892) los anarquistas ocupan Jerez. Perseguido por la policía como presunto mentor, se dirige a Londres.

Retorna a Italia en 1897 y funda en Ancona el diario *L'Agitazione*. Es detenido y se evade. Vive entonces en Estados Unidos e Inglaterra, hasta 1913. Otra vez en Italia, participa en la "semana roja" (junio de 1914). Nuevamente se exilia a Inglaterra. De retorno en su país, encabeza el nuevo movimiento anarquista, coopera en la fundación del diario *Umanità Nuova* y publica la revista *Pensiero e Volontà* (entre 1924 y 1926). Desde entonces —ya en la época fascista—, es constantemente vigilado por la policía hasta el momento de su muerte.

El **Ideario** es una colección de artículos, dispersos en la infinidad de sus publicaciones en que colaboró a lo largo de una vida tan entregada a la lucha, con su consecuencia de cárceles y exilios. Todo lo que supone un atisbo de opresión es cuestionado por Malatesta, siempre en función de la posibilidad libertaria, a la que él entendió como no individualista sino comunitaria.

**N**osotros decimos que es necesario hacer la revolución, que queremos hacer la revolución, y, para ese fin, nos esforzamos en excitar las voluntades.

Pero se nos opone una objeción fundamental.

La revolución —se nos dice— no se verifica por capricho de los hombres.

La revolución sólo se hace cuando los tiempos son oportunos. La historia no se mueve al acaso; se desarrolla por leyes naturales, fatales, incontrarrestables, contra las cuales nada puede la voluntad de los hombres.

En la práctica, sin embargo, por lo menos en la mayoría de los casos, esa objeción no pasa de ser un recurso de polémica, o de política. Lo cierto es que se afirma que una cosa es imposible, cuando no se desea. Se niega el poder de la verdad, cuando se nos incita a efectuar un esfuerzo en una dirección que no conviene. Como ahora casi todos los que conocen el alfabeto toman postura de sabios y de filósofos, se teoriza el propio deseo y se acude a la ciencia y a la filosofía para que éstas oficien de rufianes en los pequeños cálculos de personas y de partidos. Sin embargo, después, cuando un asunto interesa o gusta, se olvidan todas las teorías, se verifica el esfuerzo necesario, y, si es preciso el concurso de los demás, se dirigen las propagandas a su buena voluntad y de la voluntad se exalta el poder.

No obstante todo esto, cada hombre que piensa siente la necesidad de poner de acuerdo su conducta con sus convicciones intelectuales y, cuando acciona, quiere darse perfecta cuenta del alcance de sus acciones. Cada hombre que piensa y observa y va aprendiendo los innumerables hechos de la naturaleza y de la historia, siente la necesidad de organizar en sistema las convicciones adquiridas y de hallar un principio general cualquiera que las reúna y las explique.

De esta necesidad de comprensión y de adaptación mental, se han originado todos los sistemas de filosofía, teológicos y naturalistas. De esta necesidad han nacido las investigaciones y las discusiones en torno al problema de la voluntad, es decir, alrededor del poder de los hombres —o de todos los seres conscientes— para influir sobre el curso de los acontecimientos: problema fundamental de toda filosofía, el cual ha interesado e interesa a los pensadores de todas las escuelas.

Sólo ventajas habría reportado este hecho, tanto para el desarrollo intelectual del hombre, como para utilizar mejor todas las fuerzas humanas, si, con mucha frecuencia, por una común ilusión mental, no se hubiesen tomado por realidades objetivas cosas que no eran nada más que parto de la imaginación; y por hechos comprobados, las hipótesis más o menos cómodas, con las que se intentaba reunir o explicar los hechos conocidos; y, lo que es peor aun, por realidades, simples palabras sin significado preciso y definible.

De este modo se crearon Dios y el alma inmortal; de este modo se inventaron la Materia, la Fuerza, la Energía —con mayúsculas— y todos los conceptos mentales, aptos para explicar con palabras, el universo que no se comprende.

Más arriba de esas entidades, sin embargo, las cuales es menester, tratar con prudente y risueño escepticismo, existe un principio superior que parece verdaderamente incon-

trovertible o, por lo menos, de tal naturaleza como para que la mente humana no pueda concebir su negación. Es el principio de la causalidad, que constituye por sí solo toda la filosofía que se intitula determinista.

Nada se crea y nada se destruye. No hay ningún efecto sin causa suficiente; no hay ninguna causa sin efecto proporcionado.

Si esto parece a la mente humana una verdad necesaria y absoluta, es también una necesidad de la mente el razonamiento lógico, y es aun verdad que toda premisa ha de tener su ilación necesaria. La conclusión lógica del principio de causalidad, entendido éste como principio universal e inmutable, es que, a partir del eterno, todo es un encadenamiento necesario de hechos que no hubiesen podido ser diferentes de como han sido y que no podrían ser distintos de lo que serán; de modo que el hombre no es más que un autómatas consciente, la voluntad una ilusión y la libertad una cosa inexistente e imposible.

En efecto, cuando se razona en abstracto, muchos llegan hasta las últimas consecuencias y dicen, con Laplace, que si un hombre pudiera conocer todas las fuerzas existentes en el universo, en un momento determinado, con su punto de aplicación, con su intensidad y dirección, podría calcular todo lo que ha acontecido y todo lo que sucederá en un momento cualquiera de la eternidad, en un lugar cualquiera del espacio infinito; todo, tanto la posición de un astro en su órbita, como el verso de un poeta; lo mismo un movimiento telúrico, que el artículo de un periódico.

En su más consecuente expresión, éste es el sistema filosófico que se quiere llamar determinismo, el cual, partiendo de los conceptos de Naturaleza y de Necesidad, y siguiendo los métodos racionales y científicos, llega a las mismas conclusiones a que llegaban los antiguos con la Fatalidad y los teólogos con su predestinación. Hay algunos de sus adeptos que tratan de restringir y atenuar el alcance del sistema para eludir sus consecuencias, queriendo aunar

la idea de la necesidad con la de la libertad; pero, a nuestro parecer, estas tentativas son vanas e ilógicas; una necesidad que no siempre es necesaria, que admite restricciones y excepciones, no es una necesidad cabal.

El determinismo responde a alguna necesidad de nuestra inteligencia y es una guía segura para el estudio físico-químico. Pero, por otra parte, paraliza y niega la voluntad y hace aparecer risible e inútil todo esfuerzo para un fin cualquiera.

Sin embargo, cada hombre, poco o mucho, piensa y acciona. Por lo tanto, deterministas lógicos, que vivan, en todo, de acuerdo con su filosofía, no existen, o, por lo menos, nosotros no los conocemos. Y esto no es extraño, pues que si existieran, tendrían forzosamente que reputar inútil el hacer conocer sus ideas, el propagarlas, convencidos, como estarían, de que lo que ha de acontecer, aun las concepciones mentales de cada uno, acontecerá fatalmente en su tiempo oportuno, y que nada puede impedirlo, retardarlo o adelantarlo.

Los deterministas, que en general son hombres estudiosos, activos, amantes del progreso, y que se han convertido en deterministas, no sólo por el razonamiento, sino también por reaccionar contra los prejuicios, las imposiciones y las supersticiones emanadas de las creencias religiosas; se debaten en una contradicción continua. Niegan el libre albedrío y, por consiguiente, la responsabilidad. Sin embargo, se indignan contra los jueces que torturan a seres irresponsables, como si el juez no fuese también *determinado* y, por lo tanto, irresponsable.

Afirman que todo lo que acontece —hechos naturales, historia humana, acciones, pasiones, sentimientos y pensamientos individuales— no es nada más que una serie ininterrumpible y necesaria de causas y efectos, reducibles a hechos físico-químicos, que dependen de leyes mecánicas, y, después, dan una gran importancia a la educación y a la propaganda.

Son apóstoles de la bondad, de la tolerancia y de la libertad; como si la maldad, la intolerancia y la tiranía no fuesen, puesto que existen, cosas necesarias que las leyes de la mecánica deberían explicar.

Queremos el triunfo de nuestra causa por la libertad y por el amor. Sin embargo, no por esto renunciamos al empleo de la violencia. Nuestros medios son los que las circunstancias nos permiten y nos imponen.

No querríamos arrancar un cabello a nadie; desearíamos enjugar todas las lágrimas sin hacer derramar ninguna. Pero hemos de luchar en el mundo tal como es, o, de no hacerlo, vivir como soñadores estériles.

Llegará un día, es indudable, en que será posible hacer el bien de los hombres sin hacerse mal a sí mismo ni hacerlo a los demás. Hoy eso no es posible. Hasta el más puro y el más dulce de los mártires, el cual, para salir victorioso, se dejase arrastrar hasta el cadalso sin resistencia, adelantándose a sus perseguidores como el Cristo de la leyenda, hasta ese mismo mártir haría violencia. Además del mal que a sí mismo se causaría, lo cual vale la pena de ser tenido en cuenta, haría verter lágrimas amargas a todos los que le amasen.

Se trata, pues, siempre, en todos los actos de la vida, de procurar hacer el menor mal por la mayor suma de bien posible.

La humanidad se arrastra, penosamente, bajo el peso de la opresión política y económica; se baila embrutecida, degenerada, asesinada —no siempre lentamente— por la miseria, por la esclavitud, por la ignorancia y por todos los males que de ellas se originan.

Para defensa de ese estado de cosas, existen poderosas organizaciones militares y policíacas, que responden con la prisión y el cadalso a cualquier tentativa seria de mudanza.

No hay medios pacíficos ni legales para salir de tal situación, y es natural que así sea, pues que la ley ha sido hecha

por los privilegiados expresamente para defender sus privilegios.

Contra la fuerza física que nos impide el paso, sólo hay la fuerza física, sólo hay la revolución violenta.

La revolución producirá, evidentemente, muchas desgracias, muchos sufrimientos; pero se producen muchos más en el régimen actual.

En una sola batalla muere mucha más gente que en la más sangrienta revolución. Millones de criaturas mueren actualmente en el mundo por falta de la debida asistencia. Millones de proletarios mueren prematuramente del mal de la miseria, después de una vida mezquina sin placer y sin esperanza. Hasta los más ricos y más poderosos son mucho menos felices de lo que podrían ser en una sociedad de iguales. El estado actual de cosas viene existiendo desde un tiempo inmemorial. Duraría indefinidamente sin la revolución, mientras que una sola revolución que atacase resueltamente las causas del mal, pondría de una vez al género humano en el camino de la felicidad.

¡Hágase, pues, esa revolución! Cada día que se retarde, es una enorme cantidad de sufrimientos infligidos a los hombres. Trabajemos para que se haga pronto y para que sea como se necesita para acabar con toda opresión y toda explotación.

He ahí la razón por la cual para nosotros, anarquistas, o, por lo menos —pues las palabras no pasan de ser convenciones—, para los anarquistas que ven las cosas como nosotros las vemos, cualquier acto de propaganda o de realización por la palabra o por el hecho, individual o colectivo, es un bien que sirve para aproximar y realizar la revolución, cuando sirve para asegurar a la revolución el concurso consciente de las multitudes y darles este carácter de liberación universal, sin el cual la revolución no es la revolución que deseamos. Debe tenerse en cuenta que en materia de revolución, puesto que se trata de economizar vidas huma-

nas, ha de regir el principio del medio más favorable para ese fin.

Conocemos bien las terribles condiciones morales y materiales en que se halla el proletariado para no explicarnos los actos de odio, de venganza y hasta de ferocidad que en las revoluciones pueden producirse. Comprendemos que haya oprimidos que, habiendo sido tratados siempre por sus opresores con la más innoble dureza; que habiendo visto siempre que al más fuerte todo le era permitido, un día, sintiéndose por un momento los más fuertes, digan: «Hagamos lo mismo que se nos hizo». Puede suceder que, en la fiebre de la lucha, naturalezas originariamente generosas, pero no preparadas por un largo tratamiento moral, difícilísimo en las condiciones de vida presentes, pierdan de vista el ideal, tomen la violencia como objetivo y se dejen arrastrar por ella a transportes sangrientos.

Pero una cosa es comprender y disculpar, y otra cosa es reivindicar. No son esos los actos que podamos aceptar, excitar, ni imitar. Debemos ser siempre resueltos y enérgicos, pero procurando no exceder jamás el límite marcado por la necesidad. Debemos hacer como el cirujano, que corta cuando es preciso, pero que evita infligir sufrimientos inútiles.

En resumen, debemos ser inspirados por el sentimiento de amor hacia los hombres, hacia todos los hombres.

Nos parece que ese sentimiento de amor es el fondo moral, el alma de nuestro programa. Nos parece que sólo concibiendo la revolución como el gran júbilo humano, como la liberación y la confraternización de todos los hombres, cualquiera que haya sido la clase o partido a que pertenecieran, podrá realizarse nuestro ideal.

La rebeldía brutal ha de producirse indudablemente; pero si no tuviera el contrapeso de los revolucionarios que obran por un ideal, se devoraría a sí misma.

El odio no produce amor. Por el odio no se renueva el mundo. La revolución del odio, o lo malograría todo, o re-

sultaría una nueva opresión, que podría tal vez llamarse anarquista, como se llaman liberales los gobiernos de nuestro tiempo, pero que no por eso dejaría de ser una opresión y de producir todos los efectos de las opresiones políticas.

Por lucha política entendemos la lucha contra el gobierno.

Gobierno es el conjunto de aquellos individuos que detentan el poder de hacer la ley e imponerla a los gobernados, o sea, al público.

Consecuencia del espíritu de dominio y de la violencia con los cuales algunos hombres se han impuesto a los demás, el gobierno es, al propio tiempo, creador y criatura del privilegio y su defensor natural.

Se dice, equivocadamente, que el gobierno desempeña hoy la función del defensor del capitalismo, pero que, abolido el capitalismo, el gobierno se trocaría en representante y gerente de los intereses generales. Ante todo, el capitalismo no podrá destruirse sino cuando los trabajadores, una vez abolido el gobierno, tomen posesión de la riqueza social y organicen la producción y el consumo en interés de todos, por sí mismos, sin esperar la acción de un gobierno, el cual, aunque quisiera, no sería capaz de hacerlo. Debe tenerse en cuenta que si el capitalismo quedase destruido y se dejara subsistir un gobierno, éste, mediante la concesión de toda clase de privilegios, lo crearía nuevamente, puesto que, no pudiendo contentar a todo el mundo, tendría necesidad de una clase económicamente potente que le apoyaría a cambio de las protecciones legales y materiales que de él recibiría.

Por consiguiente, no se puede abolir el privilegio y establecer sólida y definitivamente la libertad y la igualdad social, sino aboliendo el gobierno, no este o aquel gobierno, sino la misma institución del gobierno.

Queremos abolir radicalmente el dominio y la explotación del hombre por el hombre; queremos que los hombres, hermanados por una solidaridad consciente y querida, cooperen todos, de modo voluntario, al bienestar de todos; queremos que la sociedad se constituya con el fin de suministrar a todos los seres humanos los medios de alcanzar el máximo bienestar posible, el máximo desarrollo moral y material posible; queremos para todos pan, libertad, amor y ciencia.

Y para conseguir este fin supremo, creemos necesario que los medios de producción estén a disposición de todos, y que ningún hombre, o grupo de hombres, pueda obligar a los demás a someterse a su voluntad, ni ejercer su influencia de otro modo que con la fuerza de la razón y del ejemplo. Queremos, por consiguiente, la expropiación de la tierra y de todas las riquezas, de sus actuales detentadores, para beneficio de todos; y la abolición del gobierno. Y, mientras que esto no se haga, propaganda del ideal; organización de las fuerzas populares; lucha continua, pacífica o violenta, según las circunstancias, contra el gobierno como institución, y contra los detentadores de la tierra, a fin de ir conquistando toda la libertad y todo el bienestar posibles.

Vamos a exponer algunas de las razones que nos impulsan a ser comunistas en lugar de individualistas.

Advirtamos, en seguida, que es del individualismo mezquino, del de los partidarios de la propiedad individual de los medios de producción, del que queremos hablar.

El otro individualismo, el filosófico, el de los adoradores del *Yo*, del *Único*, del *Superhombre*, es cosa, en verdad, muy complicada para nosotros. Hablando con claridad, todas esas investigaciones filosóficas nos parecen a nosotros,

gentes con gran dosis de sentido común, charlas inútiles y vacías.

Nuestra aspiración es que cada uno pueda hacer lo que le parezca. Dad a alguien los medios de hacer lo que mejor le plazca y lo hará... con o sin el permiso de los filósofos.

Lo importante es, pues, procurar a cada uno los medios de obrar a su antojo y hacer que la libertad completa de los unos, no venga a coartar esa misma libertad plena en los otros.

—¿Sin la propiedad no hay libertad? —nos dicen los individualistas.

Y esto es absolutamente cierto. Si un hombre no tiene asegurada la posesión de los medios de existencia, si no es el dueño de la materia bruta necesaria para vivir y desarrollarse, será siempre un esclavo.

Pero puesto que queremos que todos los hombres sean libres, debemos querer también que todos sean propietarios.

Que se nos proponga, pues, un medio para hacer a cada uno propietario de todo cuanto necesite, y en seguida renunciaremos a nuestro comunismo, pues que la propiedad que nosotros combatimos, y con la cual no admitimos transacción de ninguna especie, es la propiedad capitalista, o sea, la propiedad empleada para la explotación del trabajo ajeno o para impedir que trabajen los demás.

No tendríamos razón para rebelarnos contra la propiedad individual de los medios de producción, si ésta fuese patrimonio de todos y sólo sirviese para el trabajo personal de su propietario. Tendríamos que hacer objeciones de orden técnico y sentimental, pero los números podrían ser vencidos, sin duda alguna, merced a los progresos de las ciencias aplicadas, y las segundas, es decir, el deseo de concordia y de fraternidad, ser eliminadas por el hecho de que cuando todo el mundo se halla bien y cuando nadie puede oprimir ni ser oprimido, reina entre todos la buena amistad, la armonía, el deseo de agradarse y de ser útil mu-

tuamente, sea cual fuere la forma de organización social que se halle en vigor. Pero, ¿es conveniente, o mejor dicho, es posible que todos sean individualmente propietarios de los medios de producción y, principalmente, de la tierra y de las otras fuentes naturales de riqueza?

En una sociedad primitiva, en un territorio poco poblado, cuando cada uno pudiera fabricar él mismo los objetos rudimentarios preciosos para sus necesidades limitadas, la propiedad, si no estrictamente individual, por lo menos familiar, podría, en rigor, concebirse. Sin embargo, ni aun en ese caso dejaría de ir aparejada con graves desigualdades e injusticias, las cuales darían lugar, naturalmente, a luchas y, por consiguiente, a la existencia de vencedores y vencidos. Consecuentemente, la opresión de los primeros se dejaría sentir sobre los segundos.

En efecto; ¿a quién se debería atribuir el terreno fértil de donde se obtiene, con un mínimo esfuerzo, la más abundante cosecha, o el campo estéril que un trabajo arduo no logra alcanzar más que una cosecha escasa? ¿Quién, aun, sería designado para habitar cerca de los cursos del agua y de las vías de comunicación, y quién otro sería relegado lejos de los ríos y del mar? ¿Cómo se procedería a un reparto que satisficiera a todo el mundo, cuando los diversos lotes de terreno son tan desemejantes por su producción natural, su salubridad y su situación?

A decir verdad, los progresos de la ciencia nos hacen prever, muy bien, el momento en que todos los terrenos podrán ser convertidos para que sea idéntica su fertilidad, pero eso supone un grado tal de desarrollo humano, una tal intensidad de cooperación social, que nos aleja grandemente de nuestra hipótesis de una sociedad primitiva de hombres con necesidades limitadas a lo que un individuo o una familia pueden producir por sí solos.

Aun suponiendo que se lograra establecer un mutuo acuerdo respecto de una participación en la pequeña felici-

dad conseguida, ¿no sería necesario volver a comenzar de nuevo a cada cambio de población?

Pero ¿qué ocurriría si el reparto de la propiedad debiera hacerse hoy, con la multiplicidad de las necesidades que se han desarrollado y que se irán desarrollando cada vez más, las cuales piden, para ser satisfechas, la cooperación material e intelectual de todos los hombres, o, por lo menos, de un gran número de hombres de todos los países, ejerciendo diferentes oficios y cultivando diversas ciencias? ¿Daréis a uno una parte de mina, a otro un pedazo de máquina o de navío? ¿Y qué propiedad daréis a los que construyen carreteras, cuidan de los enfermos, instruyen a la juventud?

Como ya no es posible vivir sin el cambio de los productos y de los servicios, ¿de qué modo os arreglaréis para establecer el valor relativo de las cosas y de los esfuerzos?

¡La tentativa sería simplemente absurda!

Si se quiere convertir a todos los hombres en propietarios, sólo hay un medio: hacerlos a todos copropietarios de todas las cosas existentes. Entonces será cuando el Estado, es decir, el gobierno, formado no importa de qué modo, ni de cuáles personajes, deberá tomar la posesión de todo y administrarlo por cuenta de la colectividad, obligando a todo el mundo a someterse a sus leyes, a ejecutar cierta cantidad de trabajo obligatorio, en las formas indicadas ya, y a contentarse con la ración reglamentaria, con lo cual tendréis lo que se llama *socialismo de Estado*. Toda libertad efectiva, toda iniciativa, toda independencia de los individuos o de los grupos, quedaría anulada; se habría reemplazado la dominación capitalista por la de una casta de políticos y de burócratas). ¡Una ración un poco más abundante y más segura si se quiere, pero otro tanto de libertad y de posibilidad de progreso menos!

En cambio de eso, puede haber el acuerdo libre, voluntario, entre los individuos, los grupos, la colectividad, en todos sus grados, para poner conjuntamente todas las facultades y explotar en común las riquezas naturales para el

mayor beneficio de cada uno y de todos, lo cual no es otra cosa que lo que nosotros llamamos *comunismo anarquista*.

Escoged.

Es en el comunismo libre donde el individuo halla la mayor garantía de independencia, de libertad y de bienestar.

Es en el derecho del individuo, de todos los individuos, a la libertad y a la seguridad, donde el comunismo halla su razón de ser y su justificación.

Desde Malthus hasta nuestros días, los conservadores de todas las escuelas han sostenido que la miseria no se deriva de la injusta distribución de la riqueza, sino de la limitada productividad o de la deficiente industria humana.

El socialismo es, en su origen histórico y en su esencia fundamental, la negación de aquella tesis; o lo que es lo mismo, la afirmación precisa de que el problema social es, ante todo, una cuestión jurídica social, una cuestión de distribución. Pero he aquí que cuando los socialistas empezaron a pactar con el poder y con las clases poseedoras, o sea, cuando han dejado, en realidad, de ser socialistas, se pusieron también, con formas un poco más modernas, a sostener la tesis de los conservadores.

Si semejante tesis fuese verdadera, sería falso que el antagonismo entre patronos y obreros fuese irreductible, porque hallaría solución en el interés que tendrían obreros y patronos en aumentar la producción; sería falso el socialismo, cuando menos, como medio actual para resolver el problema social. En efecto, ya hemos visto sostener a Turati que los obreros deben, en las huelgas, cuidar de que no se arruinen los patronos y sus industrias. Y antes de Turati, Ferrri había dicho que los socialistas debían favorecer el enriquecimiento de los burgueses. Por otra parte, los más distinguidos representantes del socialismo democrático italiano van por ahí aturdiéndonos con el interés que tienen